

LA CASA

EZEQUIEL MARTINEZ WAGNER

©2021, Ezequiel Martinez Wagner

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor.

I

Estábamos los tres acostados en la cama y llovía como no lo hacía hacia años. El viento ululaba por el parque y el agua batía los cristales con violencia. Nos miramos con dulzura y posé mi mano en su mejilla. Ella me sonrió tiernamente y me besó las yemas de los dedos.

Mati se estremeció entre los dos hecho un ovillo de lana. Lo cubrí un poco con el acolchado y acaricié su cabello con delicadeza. Ella hizo lo propio sobre su espalda para transmitirle algo de calor y confort, pero el gordo terminó por despertarse. Los cielos tronaban a la distancia y vi sus ojos licuarse con lágrimas de pánico. Lo subí un poco para que estuviese a la altura de nuestra mirada y traté de serenarlo. Mati se giró hacia mí y se apretujó contra mi pecho.

– Papi – dijo de pronto y acerqué mi oído a sus labios –. Papi, ¿quién es esta señora? Me da miedo, decile que no me toque. Porfi, decile.

II

Saqué la foto el día en que nos mudamos, y esa fue la primera vez que la vi.

Nunca había visto fantasmas, ni luces anormales, ni ruidos, ni movimientos inexplicables de objetos inanimados. Mi vida era bastante común, hasta que puse un pie en esa casa. Hasta que saqué esa foto de mierda.

Y el gran problema es que las fotos son tanto parte de nuestras vidas como lo es la comida, el internet, el amor. Es la excusa para rememorar mejores épocas, para guardar eventos que el cerebro tarde o temprano termina por trastocar, para plasmar lo que no siempre la memoria guarda, sea algo bueno o algo malo.

Algunos las utilizan para el arte, otros para ver a sus hijos crecer, la mayoría recuerda sus cumpleaños de esa forma, y otros muchos guardan paisajes que tal vez nunca vuelvan a ver. Paisajes que están en internet, y con mucha mejor calidad. Pero paisajes en los que ellos, mal que mal, no están.

Y eso quisimos hacer cuando nos sacamos la foto el día de la mudanza. Tener un recuerdo físico del que podía ser el primer gran día de nuestra nueva etapa en nuestra nueva casa. Es cierto, era un horario atípico para mudarse. No cualquiera compra una casa a las tres de la mañana. Pero nunca pensamos que la imagen resultaría tan distinta a como la esperábamos.

Ella aparecía únicamente en las fotos, desde atrás, posando sin posar, simplemente apareciendo. Su oscuridad chupando toda la luz que la lente intentaba absorber, su camión blanco destruyendo el contraste, sus ojos cínicos negros refulgiendo en su negrura misma. Pero luego, fuera de la foto, nada. Ni ruidos, ni portazos, ni muebles moviéndose de lugar. A lo sumo una leve brisa fresca recorriendo los tobillos, pero no mucho más.

Al principio nos quitaba el aire. Supimos que en esa casa no podríamos jamás guardar recuerdos alegres, porque ella estaría ahí para arruinarlos. Las fotos saldrían borroneadas, fuera de foco, hipersaturadas u oscuras. Pero ella estaría siempre ahí, en un borde, mirando, supervisando.

Me había arruinado los últimos dos cumpleaños de Mati. Eventos que, más que no poder recordar, busqué activamente olvidar. No porque la hubiéramos pasado mal, sino porque yo bien sabía que estaba ahí. Porque le quise prohibir a la gente que sacase fotos, pero fue algo inevitable. Y porque todos tuvieron que irse en cuanto vieron los resultados en sus teléfonos. Decidí que esta vez no iba a ser así.

La noche anterior al cumpleaños de mi hijo me senté en el comedor, corrí la mesa y puse una silla frente a mí, sin nada de por medio. Mati dormía hacía ya un par de horas, no hacía falta que supiese en qué andaba. Saqué mi celular, respiré hondo y dejé que el aire llenara lentamente mis pulmones. Prendí la cámara y

miré a través de la pantalla: nada. Ella aparecía solo en las fotos, no debía olvidarlo. Apreté el obturador y abrí la galería de imágenes. La foto que acababa de tomar estaba completamente velada, era como si hubiese estado demasiado cerca de un farol incandescente.

Fui hasta el interruptor de la pared y apagué la luz. Me quedé completamente a oscuras.

Busqué a tientas la silla en la que estaba sentado y volví a tomar asiento. La calma que había penetrado mis pulmones hacía unos segundos acababa de escapar junto a la luz. Sentía mi pecho palpar, lo veía en la mano que me temblaba sobre el teléfono. Volví a abrir la cámara y tomé otra foto. Esta vez apareció. Sentada frente a mí, con sus ojos negros atisbándome.

– Mañana es el cumple de Mati – empecé con voz débil, y sentí esa brisa helada recorrerme los tobillos –. No quiero que aparezcas. No quiero que lo arruines.

Nada. El silencio era abrumador.

Volví a sacar mi teléfono y saqué otra foto. Miré la pantalla y esta vez la vi de pie detrás de su silla, con las manos sobre el respaldo de la misma, escuchándome atentamente. Mirándome atentamente.

– ¿Te gustan las fotos? – Le pregunté de pronto, entendiendo que tal vez esa era su única forma de sentirse viva –. Yo te puedo sacar todas las que quieras.

Pero el silencio volvió a ser mi único acompañante. Tomé otra foto y la vi en la exacta misma posición que en la previa. Tomé otra y la vi girar la cabeza hacia un costado como hacen los perros cuando no entienden lo que están viendo. Tomé otra y sus ojos parecieron ennegrecerse aún más. Tomé otra y sentí mi corazón entrar en arritmia.

En la foto estaba la silla vacía y ya no quedaban rastros de su presencia.

Las manos me temblaron y pensé que tal vez la oscuridad me había confundido, era muy posible que no hubiera enfocado bien. Saqué otra foto, pero su silla seguía vacía. Quise volver a tomar otra pero en un descuido invertí la cámara en modo selfie, y sin querer comencé a filmar un video. Insulté al aire intentando articular mis dedos cuando pude finalmente frenar los tres segundos de filmación.

Un frío horrible me penetró el cuerpo, y de pronto ya no vi más nada.

El teléfono se cayó de mis manos y el video comenzó a reproducirse solo sobre el suelo. En el mismo se veía mi expresión de terror puro y su rostro cadavérico hablándome a medio centímetro de mi oreja, cuando se la escuchó decir fuerte y claro, llena de rabia:

– Odio que me saquen fotos.

III

Notificación de mi hijo.

– *Papá, dónde están todos?* – Mati.

Era tarde. Abrí el mensaje, estaba en línea, me sonreí.

– *Qué pasa?*

– *Vení al cuarto. Tengo miedo* – Mati.

Tensé mis labios, bloqueé el celular y caminé hasta su habitación. No existió pensamiento que se atreviese a cruzar mi mente.

Sin embargo, allí estaba, con los ojos cerrados y su respiración profunda devolviéndome el alma al cuerpo. Tenía el celular en la mano. Se había quedado dormido usándolo, como siempre.

Sonreí y giré sobre mis pies para emprender la vuelta, pero mi celular volvió a vibrar entre mis dedos.

– *Dónde estás, Pá?* – Mati.

Lo miré aterrado. Seguía durmiendo.

– *Está oscuro* – Mati.